

MIS AMIGOS LOS POETAS

por

TEOFILO CID

La lista de poetas que va a continuación de estas líneas, no pretende representar el balance poético definitivo de este país. Se han omitido intencionalmente muchos nombres, los de quienes han desviado su proyección primitiva hacia otras actividades diferentes, ya sea en el orden de la política o del pensamiento; los que han debido callarse, dominados por atónito silencio, y los de todos esos en fin, que han hecho obra fácil y por mucho motivos inmeritoria.

La fecha de la aparición de la Antología de Eduardo Anguila me ha servido como punto de partida para mis indagaciones.

Muchos de los poetas aquí presentes —todos diría mejor— no aparecieron representados en ese libro. Muchos de ellos son muy jóvenes aún. Los hay que todavía no han publicado nunca un libro. Sin embargo, son, representan en este instante vidrioso de nuestra historia, el único vaciado humano que ha sabido recoger la forma viva de la poesía, si hemos de llamar así a esa inquietud crítica que alienta a voces tan castigadas, tan extraoficiales, por decirlo así, como las que van a hacerse oír, reunidas por primera y acaso última vez, en estas páginas.

Independientemente del juicio que cada uno de estos poetas aquí reunidos me merece, puedo decir que su conjunto, su voz coral diría mejor, representa el único aporte más o menos auténtico de nuestra juventud al conocimiento poético universal. Sus palabras, sus imágenes, su mismo ardiente irracionalismo cargado de protesta, de anhelo crítico, forma el verdadero vínculo que los une a todos, aún cuando cada uno de ellos se comporte ante la vida con diversas actitudes y se dejen llevar muchas veces por pendientes contradictorias e incompatibles. No es mi ánimo, por eso, insistir en aquella condición que a todos une, ni tampoco exagerar una postura conciliadora que a nadie podría ya sugerir. Estamos en la pelea, vivimos en la guerra, en la guerra de los principios que nos legaron nuestros padres, en la guerra de los principios que cada cual ha hecho suyos y que, sin duda alguna, sabrá defender a todo trance.

Si los reúno a todos en juventud no es porque la juventud y sus problemas me interesen tanto que me hagan desdeñar otros problemas, otros problemas que en realidad son mucho más serios y dramáticos que los anteriores; si procedo así, es, como ya lo he dicho, para salvar únicamente una dificultad técnica de fecha y ¿para qué negarlo?, porque cada juventud tiene su mensaje y he aquí el nuestro.

Nuestro mensaje. ¿Quién habría pensado que debería llegar ese momento fatal en que todo el mundo, esa contradicción dialéctica en que

vivimos, había de inducirnos a decirlo? Sin embargo, ya se ha roto el silencio. Cada cual ha tenido la palabra durante los instantes que su transporte interior le concedía. Otros formaron grupos beligerantes, verdaderas brigadas de choque del pensamiento. Otro, por fin, se saltó la tapa de los sesos ante el inescrutable mundo que le abría paso, como a un príncipe, hacia la muerte. Todos, en fin, hemos hablado. Algunos, como Eduardo Anguita, por ejemplo, expresaron la tortura de un sentimiento religioso desesperado; otros, como Braulio Arenas, Enrique Gómez, Teófilo Cid, denunciaron, verdaderos infatigables acusadores de la vida, las maniobras obscuras de la moral católica imperante; otros, como Jorge Cáceres, arrancaron al misterio su lenguaje medular; y Julio Molina y Carlos de Rokha, dotados los dos de una auténtica inquietud poética, daban a luz hermosos versos. Todos esos están presentes y algunos más.

Ahora bien, ¿cuál es el aporte de toda esta juventud? ¿Cuál es, dentro de sus contradicciones individuales evidentes, y que el perspicaz lector echará de ver en seguida, el mensaje que ella ha traído desde la soledad de los tiempos?

Alguien ha dictaminado, no sé si con razón o no, que la juventud representada en esta caótica, varia antología, adolecía del grave defecto de no saber dirigir su pensamiento hacia la acción. En efecto, nosotros no hemos puesto aún el pie sobre la realidad, aún cuando conocemos perfectamente sus resplandores y sabemos distinguir perfectamente cuáles son los que emanan directamente de ella y cuáles no. Llamados a asistir como involuntarios espectadores al panorama de la crisis de conciencia que ha hecho despertar al mundo de un letargo de opio, nuestra labor ha sido hasta ahora, principalmente crítica, y ello nos ha impedido dar el paso definitivo desde nuestro ordenado mundo interno hacia el mundo tambaleante que nos rodea. No ha sido, sin duda alguna, nuestra la culpa. El grupo de la Mandrágora prestó preferente atención a esa irrupción mágica del pensamiento hacia la vida; buscó la salida y optó por no seguir la avalancha de todos aquéllos que salieron al mundo a coger destinos prestados como disfraces. Hemos querido ser lo suficientemente serios como para privarnos de asistir a un carnaval, donde muchas palabras hermosas eran usadas como hipócritas caretas para esconder inmundas ambiciones.

Desde este recodo de caminos, desde esta interferencia de caudales, hemos presenciado la caída de la vieja Europa, hemos visto a sus artistas y a sus hombres de ciencia perseguidos y hemos asistido al hundimiento del sistema capitalista, ahora en su agonía. Mientras tanto, estudiábamos, ejercíamos una sabia vigilancia sobre los acontecimientos; y, hombres antes que nada, hemos experimentado en carne propia, durante cuatro años, la guerra española, la invasión de Francia más tarde, y todos los sucesos que han conducido al planeta en su totalidad a la feroz crisis de conciencia que vive ahora. Pero, de en medio de la catástrofe, de las dudas y de la ausencia general de esperanza que ella ha producido, hemos podido salvar una cosa, algo que por ahora sólo nosotros podemos invocar: nuestra disponibilidad. Mientras ellos, nuestros padres, nuestros hermanos mayores, deberán fatalmente morir al pie de la bandera que hasta hoy han de-

fendido, nosotros estamos libres, libres de todo prejuicio, de toda momificación mental determinada, para lanzarnos a la captura del mundo nuevo que vendrá.

Estamos en el sueño, en el sueño anterior a la acción. Nuestros miembros no se han aletargado aún durante el largo lapso a que nos habíamos condenado a estar inmóviles.

Todas estas razones me dispensan de aclarar, desde un punto de vista odiosamente técnico, la aparente ausencia de coordinación de los poemas que a continuación se insertan. Muchos de ellos carecen, incluso, de todo contenido conceptual. Es la sensación primitiva, la palabra sin control, la hora del despertar continuo, la hipnagogia del ser. Otros intentan una explicación, no por medio de la imagen, sino simplemente por el transporte ubicuo de la conciencia, que trata de estar más allá de sí misma y vivir en sintonía poética el mundo del objeto expresado. Ensayan, por decirlo así, una fenomenología de la poesía.

Sin embargo, a pesar de lo vidrioso de nuestra época, que sin duda alguna llevará algún día el nombre de la época de la sospecha, hemos logrado aislar algunos términos, algunos puntos del combate, verdaderos claros del bosque en esta selva de lucha que nos rodea, y esos claros son las voces de todos aquéllos que no han depuesto el grito de alarma, de todos aquéllos que no han cambiado el sol por el espeso cielo de la noche. Son ellos los que hacen andar el mundo, son ellos los que continúan constituyendo un fenómeno de vida sobre el pensamiento paralizado de los demás.

Esta galería de poetas, salvo algunos nombres que se han agregado más tarde, es el despojo de un libro que debió haberse publicado a mediados del año 1940, cuando el hervor de las ideas y cierta virginidad de principios en los elementos de la realidad que se utilizaban, proporcionaban al fenómeno Mandrágora una fisonomía profundamente caracterizable. Pero sucesos ulteriores, extraños sucesos, por cierto, amortiguaron la movilidad del grupo y dispersó a sus miembros.

Mandrágora había sido una voz demasiado juvenil, una voz que el desarrollo mismo de las gargantas de cada uno no podía ya sostener. Era necesario que su crisis, crisis de madurez más que nada, se resolviera en una nuevas síntesis, que rotas sus moléculas interiores, desflecados sus sonidos en un eco caprichoso, los fragmentos de ellas, las ondas de éstos, se transformasen en un nuevo cuerpo, se convirtiesen en una nueva fuerza.

El fenómeno Mandrágora, producto típico de una época de transición, no olvidemos que su aparición coincide con el despertar del movimiento social que llevó al Frente Popular al Gobierno, no se individualizaba por la acuidad de sus postulados. La poesía negra, eterno símbolo de la realidad interior del hombre, no podía constituir, lanzada como fué en esa forma tan insólita, tan desarraigada en este continente, sino una acusación. Sí, lector, el grupo Mandrágora no pretendió jamás dictar norma ni para vivir, ni para morir. Jactábase, por lo contrario, de una fría indiferencia con respecto a esos problemas. (1) Su teoría era muy simple. se reducía,

(1) Es curioso que el vivir pueda constituir problema. Debíamos vivir jugando. En cuanto a la muerte, ése es un problema estético que los aristócratas, durante la época del terror, en la Revolución Francesa, resolvieron bastante bien.

en una palabra, a concretar el pensamiento en el acto, en un acto diré mejor, que pudiese interpretarse en un momento determinado, en toda su pureza, la feroz e irreconciliable contradicción actual entre el sueño y el trabajo, el amor y la sociedad burguesa, etc.; produciendo la síntesis deslumbrante de un momento vivido en la vida como en el sueño. Hay que dejar establecido que estas experiencias continuaban a las que en forma análoga teorizaron los surrealistas en su más bella época, la época del primer manifiesto. El planteamiento del grupo Mandrágora lo filiaba entre los grupos de acción revolucionaria, sin olvidar que fué de entre las filas de los partidos revolucionarios de donde brotaron sus principales detractores.

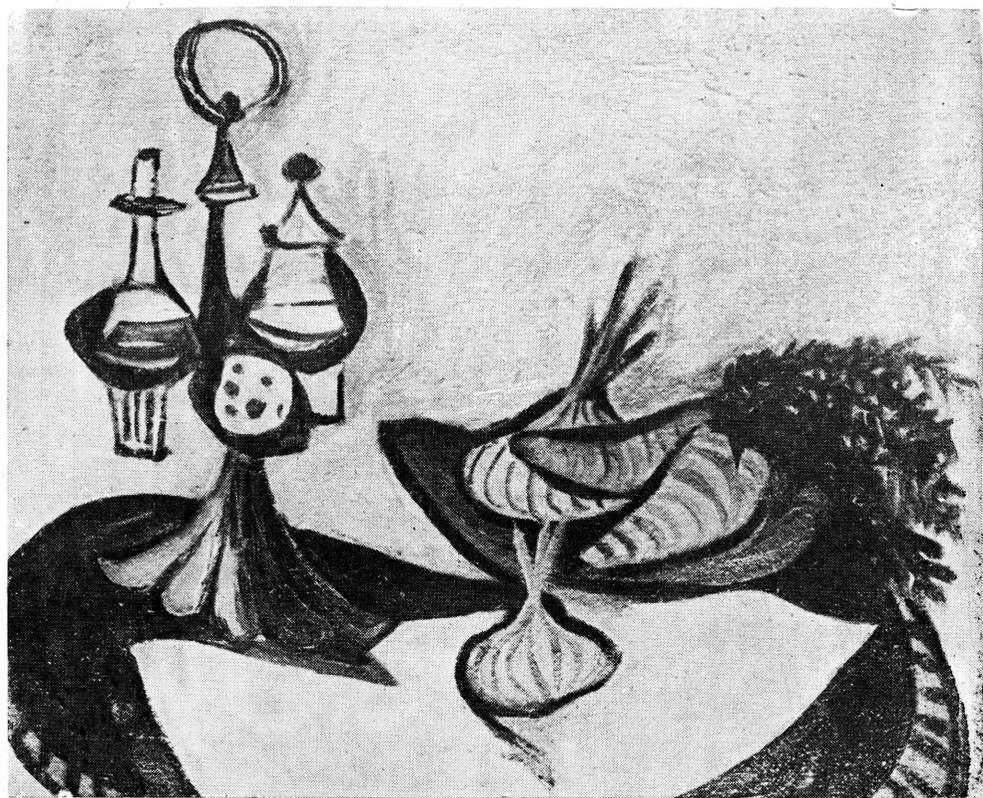
Muy cerca de este grupo y en forma muy personal, Jaime Rayo vivía la experiencia mortal de lo que iba a constituir su destino de desesperado; Carlos de Rokha, manejaba un mundo propio, lleno de extraños sortilegios; y Julio Molina se trababa a puñetazos con la realidad en medio de una forma muy suya, muy auténtica, muy, si pudiéramos decirlo así, muy "voyou".

Un poco más distanciado y en brega constante con viejos principios, Eduardo Anguita, verdadero pequeño demonio de esa nómina de poetas que ahora se presenta, daba un constante curso de mariposeo mental, yendo de la inquietud atea más acusada, a refugiarse a la heterodoxia cristiana más humilde, y vice versa. Sus versos sólo muestran un cariz de su persona. ¿Cuál? ¿La mejor? No lo sabemos. Es preferible ignorarlo y dejar, por el momento, que sólo ellos hablen. Viejos amigos, sólo diré de él una cosa: que es todo un poeta...

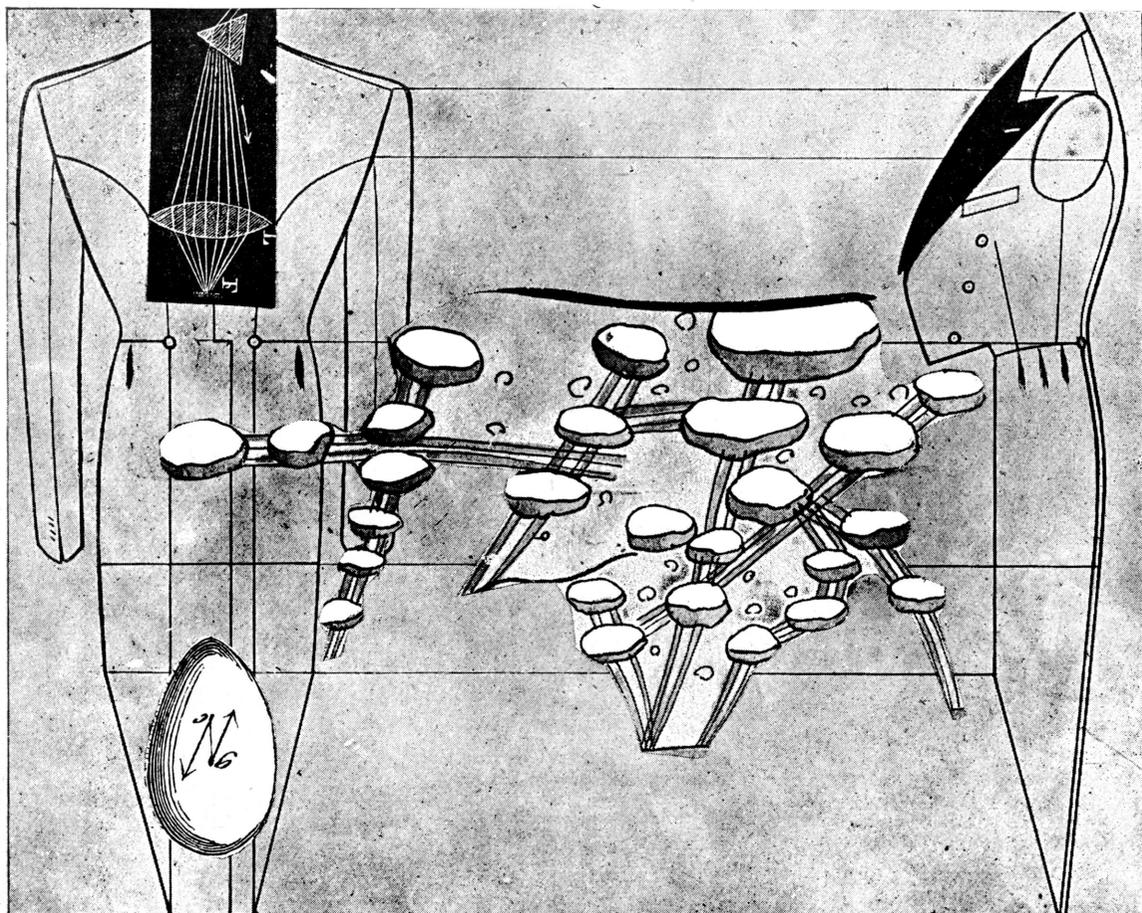
Esto es lo que puedo decir de cada uno de ellos. Constituyen, a la par que un fenómeno general, un fenómeno particular. Si bien es cierto que en todos ellos alienta el mismo odio hacia las fórmulas establecidas, es diferente en cada uno de ellos la manera de canalizarse ese odio. Si coinciden en el asco, no coinciden en el gusto. Cuando odian están juntos, cuando aman, separados.

He tratado de dar una imagen de esta pequeña lista de poetas jóvenes (os prometo que ésta será la última vez que se presentarán reunidos bajo tan juvenil advocación) y sólo al término de esta presentación, echo de ver que nada he dicho aún sobre nuestros predecesores. Adivino que os frotáis las manos de gusto al presentir el delicioso escándalo que podría daros. Sin embargo, no va a ser así. No quiero hablar de ninguno de los poetas que, anteriores a nosotros, se creyeron en un momento determinado de sus vidas con las fuerzas suficientes como para esperar un mundo nuevo. Por varias razones no hablaré sobre ellos. En primer lugar, porque aquí en América, con la excepción de unos cuantos que podrían contarse con los dedos de una sola mano, todos los poetas han sido fieles lacayos al servicio de una realidad podrida, y porque los de Europa, también sujetos a la misma excepción, no han logrado aún sobreponerse a la catástrofe de la guerra y sólo ahora, muy recientemente, se han dejado oír.

Es muy posible que ese mundo nuevo, al que tan bellas palabras dedi-



CARLOS SOTOMAYOR.—«Naturaleza Muerta», 1940.



JORGE CACERES.—«Frac Incubadora».

ca Enrique Gómez Correa en su interesante libro "Sociología de la Locura" (1), no sea aún la edad de oro cantada por los poetas. En realidad, no sólo es muy posible que no lo sea, sino que, seguramente, con toda seguridad, que no ha de serlo. ¿Pero, qué importa? Los poetas, como ha dicho Baudelaire, sólo aman lo nuevo. Y lo nuevo será nuestro. ¿Quién lo niega?

T. C.

JAIME RAYO

Poeta extraordinariamente solitario. Su vida, cercenada en circunstancias trágicas, fué la de un constante buscador de formas interiores. Publicó "Sombra y Sujeto". Dejó inédita una novela intitulada "Autonomía", y varios poemas, que en futura oportunidad sus amigos darán a conocer.

LA HORA APARTADA

Es una planta o una rama decapitada de improviso:
Su jugo capilar se asoma luego y petrifica
Con elástico asombro contempla los segados dominios,
Una silueta que vibra veloz,
Una víbora tarda plegando sus tentáculos,
Una cabeza herida que ya no pertenece,
Huraña, sin emoción, reproduciéndose como una mancha.
Concurrir desprevenido a la catástrofe,
Provocar el milagro protector con su pulpa alucinante,
Dividido el espacio entre seres y mareas de pánico.

Es peregrino decir que los parientes conversan
Y simulan un entreacto,
Sin inquietarles la estrepitosa incursión,
Dilapidando sus informes voces delatorias,
Lejos del mudo apercebimiento que el encanto cubre.
La noción desamparada camina a golpes de martillo.
Sortea frágiles escollos indiferente al alarido.
Empañándose de gentes agrupadas, individuos voraces,
Suponed el paisaje cuando sube el tono
Y el lamento nos brinda su zumbido de abeja.

Es la sordina del carruaje, cuando arranca del hogar
Un vestido de nácar, una mirada tibia, estupefacta,
Unos pies pequeños tocados en porcelana.
Hincar torpe la vista en la penumbra,
Afilando sus garfios para clavarla mejor.
Registrar, tiritando, hasta las últimas aristas,
Cómplices espontáneos del accidente.
Sentir blanda la sogá, grávida de caricias.
Después, corriendo huir.
Alborotado como un niño que se pierde en los patios.

JORGE CACERES

Surrealista. — Ha publicado "René o la mecánica celeste" y "Por el camino de la gran pirámide polar", editado éste en un novedoso cuaderno, con fotografías. También lanzó una pequeña edición de tres poemas, "Sobre los pasos". Últimamente se ha dedicado a la pintura y a fines del año pasado, en unión con Braulio Arenas, presentó una exposición de sus obras.

(1) Sociología de la Locura, por E. G.

LA PRUEBA DE FUEGO

Me asombro de la colina que se cambia y repentinamente lee
Los bosques desarraigados y el pacto con la hora más absurda
Y a pesar que yo río nada cambia nada brilla
De mi pena nace un enjambre de moscas que se pega a la escalera
Yo os saludo moscas pegadas a la escalera
Después de tu partida de cada mañana de cada minuto que se retuerce
[como un latido
Quién soy yo sino un juglar que juega con cuadros imposibles
Yo no sabía que el errante que llega es el mismo que yo veo partir
Sería preciso el menor gesto de su cabeza o la mueca de un saludo
Para que yo comenzara a vivir sin ser oprimido.
Sin el deber de pintar todos los días el paisaje de los imbéciles
Con un instrumento más duro que la roca
Pero todo está perdido ya y siento cómo avanza el gran viento
Esta mañana todo se cambia de improviso las calles se tuercen
Bajo la mañana de Londres tú te quemas para mí
Pero el que me ha dicho buen día lleva una americana bien cosida
Lo veo arder con el cielo de pacotilla todo se quema en esa llama
Me aprisiona sin saber el cauce de esa hoguera de dicha
El sol ha desaparecido por mucho tiempo
Y yo vivo en el deseo
De no medir el tiempo más cruel que transcurre para mí tan solo.

BRAULIO ARENAS

Surrealista. — Ha publicado "El mundo y su doble" y "La mujer nemotécnica".
ambos libros de poesía. Tiene, además, una vasta obra inédita, ha estrenado una
obra de teatro y dictado conferencias. Ultimamente, en unión con Jorge Cáceres,
se ha dedicado a la pintura y en las postrimerías del 41, presentó una exposición
de sus obras.

LA BEATRIZACION DE LOS ARBOLES

En el río de los muebles primitivos
En una cisterna de apariencia blanca con pestañas
Aparece un ave que es un mandarín con otro mandarín urgente.
Con una pirámide de navíos al rojo
Que debemos luchar por la boca de los dormidos.
Su vértigo de ser piedra sobresaturada
Cielo sobrenatural empuja con su pie de delta
Con su garganta de carbón borra las serpientes
Las avestruces frías en una pradera de ojos
De cuerpos en llamas hasta dejar la vida
De los helechos que entran con piedad inicial
Con buenas nuevas y amores y dagas flotadoras
En el exterminio en nada en hielo para desnudarse
Repentinamente
Donde exhalante sin gratitud todo el navío
Este alcance de anillos forma la sangre y negro
Un dormitorio negro en un espejo de uso particular
Sin ti siempre compañía roedora de las almas

De tus miradas insolubles en el placer
 Cierra ese viento esa posibilidad de aurora
 En la memoria que fermenta si entrecruza los pétalos
 Los zapatos los louis de oro entra peligro
 Entra placer propio para nunca tregua
 Escucha devorando árboles a tu paso de bosque
 Esa invasión esa llama que va de la raíz a todo espacio
 Amante que nace con la tiza en el pecho
 Sin la daga cuyo amor se cose a los estanques
 Al culto del ahogo
 Y las llamas extirpan el semblante
 De mi conmiseración de rostros desgarrados por las olas menos
 Máquina que puede volar el claro de bosque la lectura todo
 Su autografía se detiene para trabajar
 Aglutinante
 Y escucho los sonidos que entran a los lagos
 Como las pestañas a los ojos.

CARLOS DE ROKHA

Es uno de los más jóvenes de los que presentamos en este conjunto: no ha publicado libro. Su obra, se encuentra esparcida en diferentes revistas de vanguardia. Se ha dedicado con éxito a la pintura, desde hace algunos años. Próximamente editará una selección.

JULIETA, O LA CLAVE DE LOS SUEÑOS.

Una mujer de champagne me llama desde un sueño
 Donde ella con sus ojos me pervierte
 Deliciosa es fascinante
 Adorable envenenada
 Sobre la boca una mancha más negra
 Ese gesto que marca sus pasos
 De bella condenada a las habitaciones

El Océano en sus manos renueva sus espejos
 La vida que yo amo es ésta entre sus brazos

ALQUIMIA OPTICA

El cielo se hace pesado
 Las ventanas rompen sus espejos
 Cuando la ciudad cambia de lugar o vacila en la palma del atleta
 De su horizonte de su cenit
 Nada queda
 Sólo yo respiro
 En los grandes navíos
 Crecen los árboles
 Y la bruma del oleaje que sube
 Peina los arroyos
 Se mecen en el reino de la miseria
 Doblan la hoja de la tarde.

CAMBIO NATURAL

El soplo de carbón gris besa la ensenada
A su paso invisible yo marco en las pizarras
Los ojos que todo piden todo fascinan
La noche de amor de los colibríes
Las manos con articulaciones de corpiño
Sobre el maniquí de algodón.

ENRIQUE GOMEZ CORREA

Perteneciente al Grupo Mandrágora. Entre los años 1940-42, ha publicado dos libros de poemas, "Las hijas de la memoria", y "Cataclismo en los ojos", y un ensayo de interpretación psicológica, "Sociología de la locura". Su poesía revela una preocupación constante por todos los problemas de la vida oscura del hombre, el sexo, el amor, el delirio, la locura, etc.

EL PRESTIGIO DEL CUERPO HUMANO.

El que avanza hacia su propio cuerpo
Sabe que tocar el párpado
Es como refugiarse en la eternidad.

Ahí oscila el vapor
Entre el vacío y el asco
Entre el sueño que desciende lentamente
Y la espuma negra que deja el miedo
Cuando el pájaro del paraíso
Descansa en una de sus clavículas.

Entonces el hombre se va tornando sordo
Y su cielo de amígdalas
Deja en el alma
Aquellas piedras
Que golpearon su frente en la infancia
Las que fueron después la soledad
Y aún el hambre y el vértigo
Y aún la noche
La más horrible de las noches
Esa que ha hecho de mí el lobo predilecto
El doble ancho de un mar
Que al mirarle a los ojos
Transformaba los niños en negras estatuas
Y fueron el polvo de las más arrugadas páginas del amor.

Bien sabéis llorar
Y conocéis vuestros deseos
Tal como un vendaval que arrasara
Hasta el último diente de raíz
Y la misma locura trabajada a través de largos años
Sin el cansancio que yo suelo llamar
Como a la más querida de las hijas.

Estáis en el desierto y os amo
Y de repente golpeáis a vuestras aurículas gritando
"¡Abridme, soy yo, el fantasma de la sangre,
El corazón del odio, abridme!"

Sin embargo nadie os cree
Porque el fuego de su ala
Es más puro que la piedra madre de los espejos.
Así eres
Cuando te elevas en la noche
Y en tu piel el amor y el odio
Oyen sólo que la furia
Es la más adorable de las luces.

JULIO MOLINA

No pertenece a ningún grupo. Su obra ha ido apareciendo paulatinamente en diferentes publicaciones de arte. También hay publicada prosa suya. Prepara la aparición de su libro de poemas "Casa de los padres".

ADEMANES DE AYUDA.

Con los cabellos asesinar lo que había,
Más la queja del imán:
La metralla al interesante que viene.
Tú mides las lluvias entreabiertas.

Estos que preparan su viaje
En cada esquina imposible,
Rodeada de la cuenta al pobre hombre,
Que estiman el servicio hecho
O la bandera iluminada.

Los tratados de vistas
Para amable responder
O casas de historia,
Por los mismos arrebatos de antaño,
Envueltos en papel de luna.

Con las manos de la sangre,
Rondando sin salir la melodía de su piel,
Para recoger oasis del cielo.
Para referir sus hojas de vuelo a cielo.
La decisión que despierta a los vampiros
Alarma las salidas del actor
Desde su casa.

Todos tienen que aserrar con la tarde
Las cornisas o los prados.
De brisa particular.

Con la misma estatura del cordel
Que amarra el adiós de guerra.

¡Oh, vanos!

El inspirado peso contra el delirio
En la alfombra que presiente una rueda,
Como decir: manos al viento, abrid las tumbas.

EDUARDO ANGUITA

El año 1935 publicó en colaboración una "Antología de la poesía chilena nueva", obra que constituyó en esa época el primer ensayo de calificación poética. A pesar de que Anguita no ha publicado libro, su labor posterior, diseminada en revistas, es bastante conocida en todos los medios literarios. Anuncia: "Siempre y la estatua", "Negocios ardientes", "Transmisión animal" y otros títulos agrupados de su obra.

MI AMOR.

(De Transmisión Animal).

Yo voy por el fantasma yo soy ese sol
Soy el cuarto elemento para la resurrección
Si me echan un poco de agua canto al mediodía
Me doy en la mitad de un paisaje remoto.

—¿Quién eres, pasajero? —Soy el vidrio empañado

—¿Quién te empaña? —El vidrio

Soy la niebla secreta

¿Quién te hizo, quién te llama, quién te?

—Una mano me escribe bajo la cordillera.

Yo soy la mitad de una semilla alterna

—Repugno las semillas las pequeñas yemas las brasas acariciantes

—¿Por qué lloras, si no existes?

—Lloro porque no existo

Soy fino como el Papa

Orando en su capilla privada.

GUSTAVO OSSORIO

De Gustavo Ossorio ha dicho el poeta Rosamel del Valle lo siguiente: "He aquí un poeta joven que ha preferido la bella desgracia. Pudo haberse dejado tentar por las sirenas y buscar aquella, para tantos adorable, luz que no hace sino abrir puertas y por donde se pasa en una amable barcarola, en un dejarse rodear por el buen rumor y por la buena atmósfera. Pero no ha sido así. Gustavo Ossorio ha preferido bajar la cabeza y escuchar lo que empieza a hacerse presente debajo de su alma, lo que todavía es un ruido, ya que, sin duda alguna, tiene algo que extraer de la espantosa realidad del ser y de su tránsito terrestre. O sea el lado oscuro de la gracia".

Obra publicada: "Presencia y memoria". 1941.

VOLUNTAD CIRCUNDADA.

Los muertos sueños que mis ojos desdeñan van engrosando el día
La sombra se llena de rumores contenidos
Mientras en torno mío gira la confusión
Y una cansada voz se obstina en mis partidas
Es en balde que el fuego disponga sus espumas
Oigo al día sangrar antes que hiera mi pecho
Antes que llegue a la voluntad y la circunde
Le oigo salir de los cristales de las oscuras puertas
Que nunca se abren
Pasar por entre mis cabellos rozándose apenas
Como un perseguido
Como un pájaro transparente debilitado y eterno
Nadie ve entonces mi oculto terror
Sumergido entre apagadas presencias y contactos
Heme al borde devorado del ruido
Con un traje de gracia y la atmósfera llena de una ciega amistad
Que da forma a la visión
El hombre pasa con su raíz destruída para borrar los enigmas
Si la sangre es nuestra y el espectro legítimo del mundo
Su inseguro vapor cae sobre la edad
Como una respiración cada vez más leve
La memoria reconstruye sus temblores
Sus signos ya desaparecidos

En el cielo sigue su trayectoria el espejo incorpóreo
Hago en mis ojos el árbol para olvidar la soledad
Y una muerte se apaga en su instante justo
Entre tanto ¿quién continúa habitando la estrella?
Alguien fija sus temporales fuegos sobre mi despertar
Alguien mueve su rumor
Su miseria irradiante
Toca el espacio de mis estatuas ocultas
Y permanece como un eco pegado a su grito para siempre
Los desvanecidos sueños tornan a su redondo abismo
Para que los ojos entren por fin a la imagen
Todo desaparece o se destruye cuando el sentido vela
Después sólo queda una libertad súbita o ilusoria
Que resuena inexplicablemente
Tengo a mi disposición una llama y el fundamento ardido
Lleno estoy de blancos episodios para merecer el amor

TEOFILO CID

Perteneciente al Grupo Mandrágora. Ha publicado "Eouldroud", un libro de relatos y experiencias oníricas. Actualmente tiene en prensas su traducción a la obra del Marqués de Sade "Justina o los infortunios de la virtud", que llevará un prólogo de Enrique Gómez-Correa, y prepara la publicación de otro libro de prosas, "La operación cesárea".

LA LINEA RECTA.

Mirad la línea recta
Ella es dulce como el puente que une las miradas
No sigue las raíces de los árboles
La curva de los cielos
Ni el alma vertical de los espejos
Ella es madre del azar
Con su seno horizontal sin oasis lo prohija
Ella busca los disparos en un lujo de vacío
Da en el blanco que le ofrece el movimiento
De gacela rotatoria
Que es la estrella de la suerte
Es su mar la voluntad
Es su cielo el corazón desventurado
Su sed la sed cambiante de los mundos oscilantes
Amad la línea recta que es gratuita como el aire
Puede hacer nacer un puente
Matar eliminar ver la suerte desvestida de sus rayos
Cantad poetas a la línea del azar
Cantad su millonésima caricia
Su amor su frescura omnipotente
Cantadla porque mata conociendo
Que mata sin saber
Porque es dura como el sol en las miradas
Yo amo aquellas cosas que conocen esa recta
La luz y los sonidos
La caída de los cuerpos en el mar de lo invariable
El espacio recorrido por el sueño en el deseo.